

Alone

Un escándalo literario en París

ANDRÉS MAUROIS, AUTOR DE «ARIEL», ACUSADO DE PLAGIO

HACE, justamente, cuatro años, en 1924, ATENEA acogió un artículo en que hablábamos de André Maurois, por entonces totalmente desconocido en Chile. La sorpresa que nos produjo la lectura de «Ariel» nos llevó a preguntarles a los entendidos en literatura francesa noticias de su vida y su obra; y podemos decir que aumentó nuestra sorpresa el ver que nadie lo había leído todavía.

Tradujimos el libro para esta Revista y el nombre de Maurois empezó a difundirse rápidamente.

Hoy serán pocos los que no lo conozcan.

André Maurois ha fundado un género o un matiz de género nuevo, el de la biografía novelada, historia estrictamente verídica en el fondo, en las líneas generales y el carácter de un personaje célebre, pero escrita con esos detalles vivos, esa progresión visible y una serie de condiciones que sólo se encuentran en los relatos imaginarios. El éxito de crítica y de librería lo consagró desde el primer momento y, para responder a la demanda del público, autores y casas editoriales empezaron a lanzar bibliotecas de Vidas Ilustres, Vidas Amorasas, Vidas Aventureras; hasta se dijo que nada podía satisfacer las exigencias de los lectores modernos como esas narraciones donde se juntan el agrado de la poesía y la enseñanza de la realidad, y que el hombre de hoy

era demasiado frívolo para la historia pura y demasiado árido para la pura novela.

Después de la «Vida de Shelley», André Maurois, especialista en el conocimiento de la vida inglesa, dió unas conferencias muy celebradas sobre Dickens, compuso un volumen serio y sumamente liviano sobre Disraeli y, recientemente, ha empezado a dar a luz una Vida de Lord Byron.

Coincide con la aparición de esta última el primer grito des-templado en el coro de elogios unánimes que no ha dejado de celebrarlo.

Un M. Auriant, en el «Mercure de France» correspondiente a la primera quincena de Marzo, lo acusa ni más ni menos que de plagiarlo desvergonzado y traductor clandestino de escritores ingleses, con algunos alfilerazos de pasada a sus cándidos admiradores.

El artículo trae veneno desde el nombre: «Un escritor original». Y empieza:

«M. André Maurois es un hombre hábil. Tiene el genio de
« los negocios. Todo lo que emprende le resulta bien, tanto la
« literatura como la industria. Maneja al mismo tiempo y con
« métodos iguales esas dos viejas enemigas que se creían
« irreconciliables. Con la misma buena fortuna fabrica géneros,
« tejidos de lana y franelas de Elboeuf y libros en París. La
« suerte y la gloria ayudan a los audaces...»

Aquí tenemos planteado, como auto-cabeza del proceso, el motivo principal de la acusación: M. Maurois es un hombre hábil y feliz. Crimen imperdonable para quienes no poseen la dicha ni la habilidad.

Sigamos:

«Antes del 4 de Agosto de 1914, M. André Maurois hizo
« una partida falsa. Sus trabajitos en prosa y verso, firmados
« con su verdadero nombre—Emilio Herzog—pasaron inadvertidos
« en las revistitas que los acogieron. En 1918, apenas desmo-
« vilizado, tuvo también su desquite, tan brillante, tan inespe-
« rado, que debió experimentar no menos sorpresa que placer.

« M. Maurois presentaba entonces aire de semejanza con Jean Giraudoux. ¡Ya pedía prestado!...»

¿A qué continuar? Se siente el tono, mejor, el tonito; y se presiente el chorro voluptuoso de hiel.

Antes de lanzarlo, el hombre se contiene y apura con lentitud la amargura del triunfo de M. Maurois, la victoria rápida y extensa, la conquista de los mercados literarios extranjeros, los testimonios de admiración que brotan de los puntos más remotos, paralelos insinuantes con el maestro «cuya pérdida irreparable viste de luto a las letras» (Anatole France), y ese término supremo, ese miraje que nosotros no podemos comprender y que irrita y deslumbra por parejo a los franceses, que constituye su obsesión secreta o confesada: la Academia. Todo eso lo apunta y escalona M. Auriant como quien hace subir a su víctima a lo más alto para que nadie deje de presenciar su caída.

Cuando ya cree que no puede subir más—¿qué hay por encima de la Cúpula y los Cuarenta Inmortales?—saca su texto, «The Life of Bysshe Shelley», por el Doctor Dowden, y en columnas paralelas va citándolo junto con «Ariel o la Vida de Shelley», de Maurois.

Un botón para muestra:

Bysshe Shelley was a gentleman of the old school, with a dash of the New world cleverness, push and mammon-worship. Six feet high, handsome, stately in bearing, clear witted, yet wilful, he achieved greatness by bold and dexterous strokes.

Le chef et ancêtre de la famille, sir Bysshe Shelley, habitait dans le village. C'était un gentilhomme de la vieille école anglaise, qui se glorifiait d'être riche comme un duc et de vivre comme un braconnier. Haut de six pieds, imposant, très beau, sir Bysshe avait l'esprit vif et cynique.

Por el estilo reproduce ocho párrafos que, indudablemente, coinciden y hasta que pueden tomarse el uno por la traducción del otro; pero todos, absolutamente, versan sobre hechos, datos concretos y pasajes que no podrían estar relatados de un modo muy diferente sin alterar la verdad y que, más bien, prueban la fidelidad y el fondo histórico efectivo de la obra de Maurois.

Agrega que podría extenderse más y no lo hace por lo «largo y fastidioso» que sería.

No lo dudamos. Entre dos relatos de una misma existencia, si ninguno falta a la verdad, una serie numerosas de grandes y pequeños detalles tienen que encontrarse por el camino.

Pero eso no arguye contra la originalidad de ninguno.

Un amigo residente en el campo encontró la Vida de Disraeli entre los libros de la casa y, sabiendo la acusación de plagio contra Maurois, nos hace espontáneamente las reflexiones que nosotros mismos nos hicimos al leerla. Le cedemos la palabra, porque sintetiza bien el juicio:

«¿Maurois plagiarlo? ¿Dónde reside el plagio? ¿En los hechos? « Pero tratándose de una biografía no los iba a inventar por « darse el gusto de ser original. ¿En los juicios? Si no los copia « a la letra... ¿O se quiere que interrumpiera el relato con citas « y referencias eruditas...? Dejar de hacerlo no prueba falta de « honradez, sino buen gusto y sujeción a una ley esencial de « la biografía novelesca. El estilo y la composición le pertene- « cen; con materias muertas hace obras vivas. ¿Qué más se « puede pedir? Acabo de leer la Vida de Disraeli. Ha sido una « de las lecturas más deleitosas que he conocido en mi vida. « La extensa bibliografía que la precede parece no haber satis- « fecho a esos gendarmes officiosos y sospechosos que pululan « por el campo de las letras. En esas acusaciones hay casi « siempre afán de notoriedad y envidia solapada».

Esos gendarmes officiosos y sospechosos... Ahí está el secreto. Descubren o creen descubrir la receta, la fórmula, el origen de una obra que ha seducido al público culto y se lanzan a vocear que eso no tiene gracia ninguna, porque ellos saben cómo se confecciona. Ilusión ingenua de estudiantes, que, cuando conocen el artificio de la métrica, imaginan que bastará aplicar sus reglas para componer un gran poema. Háganlo. Ensayen en la práctica esos principios matemáticos, traten de aprovechar obras ajenas para construir a su turno y conquistar gloria y dinero. Pondrán la medida al principio y el consonante en las puntas; pero, en el medio, «en el medio, ése es el cuento, hay

que poner talento», como dice el verso de Palma. Auriant declara que en Maurois hay talento mercantil para lanzar la obra y aderezarla al gusto del momento. Puede ser. Pero hay también otro talento, el del artista que con cualesquier materiales crea un ser vivo, el del estilista que impone su sello personal, el del hombre fino y mesurado que desprende la ganga y deja el espíritu libre, como un gas puro preparado por un químico diestro. Se necesita estar enteramente cegado por una pasión adversa para negarle al autor de Ariel ese don de la personalidad literaria que palpita en sus obras, especialmente en el relato de la vida de Shelley. Una de las pruebas de que no procede ajustándose a modelo ajeno ni lo sigue servilmente, sino que aprovecha, asimila y hace suyos los datos leídos, está en la diferencia de inspiración entre Ariel y Disraeli, ambos de primer orden, pero el primero más espontáneo y alado, más poemático y atrayente que el segundo, aun siendo éste de muy subido interés y acaso más sólido de fondo que el otro. Y luego la línea general, el tono medio, el equilibrio perfecto de la realidad y la fantasía, ciertas reflexiones entre irónicas y tiernas y las escapadas líricas, contenidas a tiempo, que lo caracterizan y en las cuales está la firma del escritor.

Por lo demás, cuánto se diga en pro o en contra de esta clase de cuestiones será siempre desproporcionadamente mayor que su importancia efectiva, si nos colocamos en el verdadero punto de vista para apreciar una obra literaria. Auriant y los demás Auriantes que brotan alrededor de los autores cuando llegan a célebres—la acusación de plagio constituye una etapa inevitable en la maestría artística, y no solamente la han conocido Maurois, France, Valle Inclán y otros, sino también el Dante, Shakespeare, Cervantes y casi todos—miran el asunto en relación con el autor y su derecho de propiedad. Y en realidad, el autor ¿qué le importa al lector, por qué le importa sino por su talento demostrado, por la capacidad de infundirle un placer, que tiene o que no tiene? Esos autores ingleses que se dicen copiados, y que serían en todo caso las personas capacitadas para iniciar el juicio ¿por qué no se han hecho tan

populares como las producciones de Maurois? ¿Por qué Auriant, si los cree superiores, no hace la prueba de traducirlos y lanzarlos al mercado de los libros? Aplastaría al otro y ganaría buenas sumas, probando su tesis de la única manera posible e incontestable, sin necesidad de argumentación. El hecho de que necesite probarla está indicando que no lleva razón. Y muestra también una de las flaquezas del mundo artístico moderno en relación con los antiguos, tanto menos celosos del derecho de propiedad. En otro tiempo no había tanta estrictez para exigirle a cada uno sus papeles y sus certificados de inscripción en un determinado registro. Los colosos y la muchedumbre de artistas que levantaron las catedrales góticas no quisieron poner su firma. Trabajaban por su idea y los unía un ideal común, la expresión de un sentimiento íntimo, el ansia de vivir ellos, pero anónimos y como escondidos dentro de su obra. Ahora no sólo se firma, sino que se pelea y discute el derecho de firmar. Lo primero constituye una debilidad tolerable; lo segundo toca en la pura y simple mezquindad de corazón, cuando no en la pequeñez de la inteligencia, porque a cualquiera se le ocurre que el artista grande, el escritor, el músico, el escultor verdadero y personal, con plagio o sin plagio, acaba por imponerse, mientras quien carece de inspiración, por muy original que sea, habrá de caer en el silencio que sigue a las obras insignificantes.